



VIII Certamen **20**
Literario **07**
Maestro Miguel



VIII Certamen Literario 20
Maestro Miguel 07

EDITA

Ayuntamiento de Villanueva del Pardillo
Plaza Mayor, 1. 28229 Madrid

ALCALDE - PRESIDENTE

Juan González Miramón

CONCEJAL DELEGADA DE EDUCACIÓN

M^a Ángeles Soto Bernad

DIRECTORA C.E.I.P. SAN LUCAS

Silvia Clares

DIRECTORA C.E.I.P. RAYUELA

Estíbaliz Fernández

DIRECTORA C.E.I.P. CARPE DIEM

Pilar Martín

DIRECTOR COLEGIO VALLMONT

Armando Fernández

DIRECTOR I.E.S. SAPERE AUDE

José Antonio de Benito

DIRECTORA C. BILINGÜE VALLMONT

Susana Costela

DISEÑO E IMPRESIÓN

Egraf, S. A.

© Ayuntamiento de Villanueva del Pardillo.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, plagio, comunicación pública o transformación de esta edición sin contar con la preceptiva autorización por escrito de los componentes de la Junta Organizadora del Certamen Literario Maestro Miguel.

Índice

Ponente 2006 (Apuleyo Soto)	4
Momentos Maestro Miguel 2006	7
Biografía Miguel Pérez Pastor	8
Agradecimientos	9
Obras Premiadas	11
Categoría Escolar - Modalidad Prosa	
1 ^{er} PREMIO: «Un paseo por las montañas»	17
<i>Eduardo Salvador Cartón</i>	
2 ^o PREMIO: «La rosa sangrante»	21
<i>Irene Valles Cea</i>	
3 ^{er} PREMIO: «Cifo, el cíclope»	27
<i>Pablo Vicente Sánchez</i>	
Categoría Escolar - Modalidad Verso	
1 ^{er} PREMIO: «La guerra»	31
<i>Antonio Ledesma Oceja</i>	
2 ^o PREMIO: «Poesía para un renacuajo»	33
<i>Alejandro Román Sánchez</i>	
3 ^{er} PREMIO: «Crónica de un camello»	35
<i>Pablo Baamonde Soengas</i>	
Categoría Adulto - Modalidad Prosa	
1 ^{er} PREMIO: «Un hidalgo de Castilla»	37
<i>Manuel Terrín Benavides</i>	
2 ^o PREMIO: «No voy a equivocarme»	43
<i>Lorena Rivera Novillo</i>	
3 ^{er} PREMIO: «Luces de la noche»	51
<i>Javier López Martín</i>	
Categoría Adulto - Modalidad Verso	
1 ^{er} PREMIO: «Clarines como rosas de silencio»	55
<i>Manuel Terrín Benavides</i>	
2 ^o PREMIO: «Al poeta Antonio Machado»	59
<i>Eumelia Sanz Vaca</i>	
3 ^{er} PREMIO: «Hubo un tiempo»	63
<i>Manuel Prol Rodríguez</i>	

Ponente 2006

Queridos amigos:

Buenas tardes

Los elegidos mueren pronto, mueren jóvenes. Dios se los reserva para sus colegios del cielo, donde los alumnos son los ángeles, que van que vuelan a clase sin rechistar, con más lápices y gomas y cuadernos y sin duda con más plumas que un niño de Villanueva del Pardillo.

Aún no se ha ido la luz del día, que condecora de oro los muros del Auditorio «Sebastián Cestero», y estáis aquí un año más, entrañablemente unidos como un racimo de contenida emoción, para celebrar la memoria del Maestro Miguel, que se os fue cuando más le necesitabais.

En la tarde de la vida nos examinarán del amor; no nos preguntarán los decimales ni la tabla de multiplicar, sino si fuimos solidarios con nuestros semejantes, si enseñamos al que no sabía, si supimos integrarnos en la comunidad vecinal y en la comunidad escolar y en la comunidad nacional. Mano con mano, frente a frente.

Sólo el amor nos humaniza y fortalece, y hoy somos, sois, las ramas vigorosas del árbol de la sabiduría que fue Miguel, que sembró Miguel. Para él, las palmas de Elche que le vieron nacer y las palmas de vuestros aplausos que le harán sonreír allá donde se encuentre.

Y donde se encuentra de verdad es en el ordenador portátil de vuestra mente y en el tabernáculo caliente de vuestro corazón.

*«Tinta, secante y papel
para escribirle a Miguel.
Una pluma y un tintero
Para decirle te quiero,
Te quiero mucho Miguel»*

Creo que así rezaba, sobre poco más o menos, la cancioncilla popular que tarareábamos en nuestra infancia y que nos hicieron aprender de carrerilla. Conmigo va, mi memoria la lleva, como Caperucita lleva un cesto de flores por el bosque del mundo. ¡Cuidado, padres, madres, abuelas, abuelos, niñas, niños, hay lobos al acecho todavía! ¡Aúuuuuu!

Maestro me llamábais; Maestro le llamáis y qué razón tenéis. Los maestro no mueren; se transforman; se transustancian en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu. El libro abierto de su vida nos sigue enseñando. Yo sigo viendo a Don Flores y a don Juan indicándome el camino: «*Sal de aquí, muchacho; tu vales, ADELANTE SIEMPRE;*

Todavía no he parado. Voy a clase en clase derramando la lluvia de mis palabras; voy lleno de cuentos y de poesías; soy mensajero de la literatura; hago soñar a los niños:

*Papá, cuando sea grande
te voy a llevar al cole
con una mochila nueva
para que te hagas un hombre.*

*Te cogeré de la mano
Y te enseñaré a mi profe
Y aprenderás a vivir
Con lápices de colores.*

*A la hora de estudiar
Se pasan grandes sudores
No creas, papá, que es fácil
Hacerse de niño un hombre.*

*Así que, venga, levanta
Date prisa, vuela, corre,
Lávate bien, coge el donuts
¡vas a llegar tarde al cole!*

¡Maestros! ¿Cómo olvidarlos? El que no haya tenido uno singular que le impactara, que le orientara, que le defendiera... que levante el dedo. Por los maestros somos lo que somos: abogados, economistas, constructores, fontaneros, concejales... Sí, fontaneros. ¡Si pudiera volver a nacer sería fontanero!, dijo Einstein, el inventor de la energía nuclear, lo que significa que la dignidad no la da el cargo si uno no la ha adquirido con la educación.

Y ¿quién educa? El Maestro. Antes se le besaba la mano como se besaba el pan. Hoy los niños besan la playstation, la camiseta o los cromos de los futbolistas. ¡Qué lo vamos a hacer! Acaso es que faltan alfareros maestros como Miguel. Iba a decir que me da pena, pero hoy es un día de alegría. Niños, se hace camino al andar, la vida es un aprendizaje continuo, lo que importa es la curiosidad, el ver cada amanecer como nuevo... Hay mucho que hacer.

Pero con un maestro. Vosotros evocáis al Maestro Miguel, Miguel Pérez Pastor, pastor de vuestras mentes infantiles, moldeadas a su imagen y semejanza. Espero que su recuerdo os acompañe de mayores también, cuando hayáis elegido la profesión que marcará vuestra existencia.

En mi libro PEPIN PEPINO esbozo el retrato del Maestro ideal: vocacional, generoso, comprensivo, pausado, paciente, docto, recto, cordial, comunicativo, integrador... Creo que, sin pensarlo, estaba definiendo a Miguel.

Seguidle, que está atardeciendo en la enseñanza española y de lo único que os examinarán es del amor. Del amor al estudio, del amor a la ciencia, del amor al arte, del amor a la literatura, del amor a la música, del amor al saber, del amor... ¡al Maestro!

*«Los de ser maestro es fácil
si de verdad se es maestro:
Basta enseñarse a sí mismo
Y hacerlo a los otros luego»*

*Y es que eso de dar la clase
No guarda ningún secreto:
es una larga paciencia
Para darle tiempo al tiempo.*

*Hasta siempre. A la hora en punto.
Que yo en mi cole os espero.*

Concejala M^a Ángeles Soto, Alcalde Juan González: Gracias por haberme dado la palabra en un acto brillante, tan próximo a mis querencias y vivencias como maestro y periodista. Y a todos ustedes, compañeros, padres, madres y niños, mi reconocimiento entusiasta por realzar con vuestra presencia el homenaje de gratitud que le debéis a Miguel Pérez Pastor.

¡Grande es el pueblo que mantiene viva la memoria de sus Maestros!

¡Viva el Maestro Míquel!

¡Viva Villanueva del Pardillo!

Apuleyo Soto

5 de abril de 2006

Momentos Maestro Miguel 2006



Biografía

Miguel Pérez Pastor

Miguel Pérez Pastor nace en Elche (Alicante) el 30 de septiembre de 1944.

Su gran inquietud cultural le lleva a conseguir la plaza de maestro a los 18 años, edad en la que comienza su labor docente en la ciudad de Elche en la Campaña de Alfabetización, llegando a ser director de uno de los centros de Educación de Adultos de esa ciudad.

Deja la campaña de alfabetización para formar parte del equipo de maestros dirigidos por D. Manuel Rico Vercher, que ponen en marcha el Centro Experimental «El Palmeral» de Elche en la década de los 70.

En 1974 se traslada a Francia con su familia en comisión de servicios para impartir clases a hijos de emigrantes españoles en el Colegio Internado Español «*Chateau de la Velette*» durante el periodo de 6 años. Formó parte del equipo directivo en el cargo de jefe de estudios.

Regresa a Elche en 1980 donde da clase de Lengua en los colegios de Jaime I y San Crispín hasta 1984.

Ese año se instala en la Comunidad de Madrid, en la localidad de Villanueva del Pardillo, impartiendo clases durante 15 años en el Colegio Público San Lucas; y desempeñando el cargo de Secretario en los últimos dos cursos. Acabando el curso 98-99, el 22 de junio del año 1999 fallece en su casa a la edad de 55 años.

Su gran inquietud por la enseñanza, la cultura y su compromiso con los distintos lugares en los que vivió lo llevaron a realizar diversos proyectos educativos en los que prevalecieron siempre los valores de igualdad de oportunidades y libertad de acción y expresión, basándose en una reflexión continua sobre la vida en comunidad, la pluralidad y el profundo respeto a la diversidad de ideas y formas de todas las personas que compartían su entorno.



Agradecimientos

Obligado es personalizar nuestro agradecimiento a todas aquellas personas que han hecho posible la celebración de este Certamen, M^a Ángeles Soto, Silvia Clares, Estibaliz Fernández, Armando Fernández, José Velasco, Ana Pascual, Esther Hernández, Pilar Martín, María José Fernández, José Antonio Benito, Elisabet Pozuelo, Angélica Hernández, y Marta Marban, miembros de la Junta Organizadora; Mercedes Cabañas, María Arrieta, Carlos López y Rosa Ana Escalonilla, miembros del Jurado.

Gracias a los alumnos y profesores de los Centros Educativos, a los participantes del VIII Certamen Literario Maestro Miguel, a Macarena Botella y José Antonio Verdejo (ponente del acto) de la Universidad Francisco de Vitoria, al personal de la Concejalía de Cultura, a las editoriales ANAYA y SM, por el fomento de la lectura.

Gracias a todos por hacer que el Certamen Maestro Miguel crezca y sea un referente literario en esta localidad de Villanueva del Pardillo.

Obras Premiadas

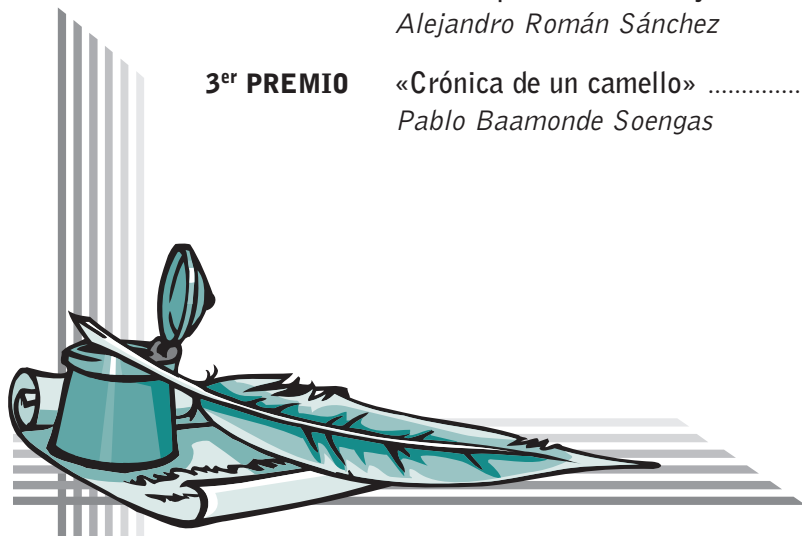
Categoría Escolar

Modalidad Prosa

1^{er} PREMIO	«Un paseo por las montañas»	17
	<i>Eduardo Salvador Cartón</i>	
2^o PREMIO	«La rosa sangrante»	21
	<i>Irene Valles Cea</i>	
3^{er} PREMIO	«Cifo, el cíclope»	27
	<i>Pablo Vicente Sánchez</i>	

Modalidad Verso

1^{er} PREMIO	«La guerra»	31
	<i>Antonio Ledesma Oceja</i>	
2^o PREMIO	«Poesía para un renacuajo»	33
	<i>Alejandro Román Sánchez</i>	
3^{er} PREMIO	«Crónica de un camello»	35
	<i>Pablo Baamonde Soengas</i>	



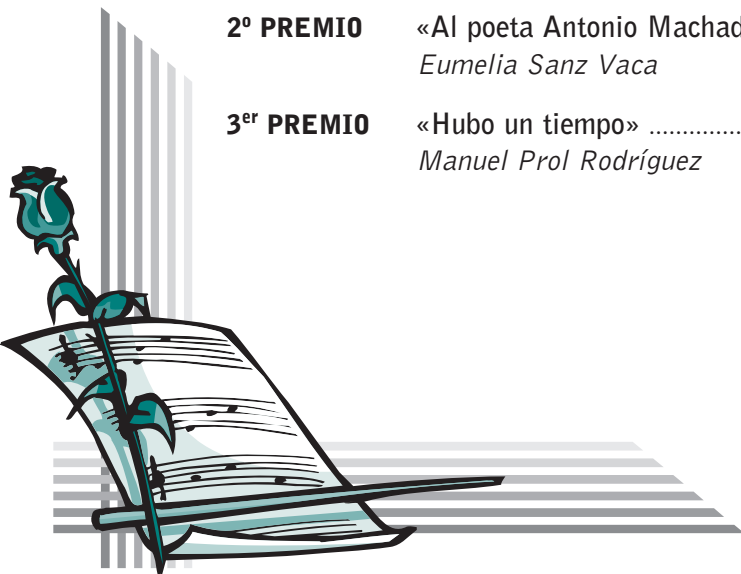
Categoría Adulto

Modalidad Prosa

1^{er} PREMIO	«Un hidalgo de Castilla»	37
	<i>Manuel Terrín Benavides</i>	
2^o PREMIO	«No voy a equivocarme»	43
	<i>Lorena Rivera Novillo</i>	
3^{er} PREMIO	«Luces de la noche»	51
	<i>Javier López Martín</i>	

Modalidad Verso

1^{er} PREMIO	«Clarines como rosas de silencio»	55
	<i>Manuel Terrín Benavides</i>	
2^o PREMIO	«Al poeta Antonio Machado»	59
	<i>Eumelia Sanz Vaca</i>	
3^{er} PREMIO	«Hubo un tiempo»	63
	<i>Manuel Prol Rodríguez</i>	



1^{er} PREMIO ESCOLAR DE PROSA*Un paseo por las montañas**Eduardo Salvador Cartón*

Finales de junio, vacaciones por fin! gritaban a coro toda la clase de Juan y Alfonso.

Había sido un año duro pero habían estudiado mucho y por ello conseguido unas buenas notas. Como premio sus padres les habían prometido unas vacaciones especiales.

Hacía varios años que las dos familias veraneaban juntas. Así que los dos amigos se pasaban los días jugando al fútbol, nadando en la playa o en la piscina y andando en bici entre otras muchas cosas.

Este año su familia habían decidido coger una casita icon piscina y todo! En Llanes... y sería desde allí desde donde Alfonso y Juan harían su pequeña escapadita en bici. Sus padres les prometieron que este año, según sus notas, podrían ir solos a una ruta que acababa en la cima de una montaña, de la sierra cercana.

Llevaban el viaje calculado al milímetro, habían estado estudiando donde podrían acampar, comer, todo lo que tendrían que llevar por si acaso, botiquín, ropa de abrigo y un montón de cosas más que según sus madres eran imprescindibles..., lo mejor de todo era que Alfonso llevaría el móvil de su hermana Inés. Cuando todo, asombrosamente, estuvo metido en las mochilas y las bicis puestas a punto, llegó el momento de la partida. Después de un millón de advertencias, lágrimas y besos se pusieron en marcha.

La ruta consistía en veinte kilómetros de trayecto por carreteras secundarias, para después ir por sendas y caminos rurales y terminar en un ascenso a la cima de una montaña por terrenos pedregosos y un poco complicados.

De todas maneras, los dos estaban acostumbrados a este tipo de aventuras, ya que todos los años salían con sus padres de expedición a distintos puntos de Asturias (pero nunca solos). Todavía era muy temprano cuando los dos muchachos iniciaron la marcha. Iban uno detrás del otro, apenas había tráfico, y aunque los dos eran muy responsables, procuraban no jugar ni hacerse carreras cuando venían coches. De todas maneras todo fue mucho más divertido cuando el recorrido cambió a las sendas rurales y al paso por las aldeas de montaña, se reían cuando los perros enfadados les ladraban o cuando las vacas curiosas se les quedaban mirando. Se paraban en las fuentes y charlaban animados con los lugareños.

A media mañana, decidieron pararse a tomar un bocado y beber algo, ya que sus madres les habían llenado las mochilas con bocadillos, refrescos, y chokolatinas. Alfonso, aprovechó para practicar con el móvil de su hermana y llamó a casa para contarles lo que habían hecho hasta ahora.

Habiendo repuesto sus fuerzas, iniciaron de nuevo el camino, el día era perfecto, aunque a lo lejos parecía que en el cielo había nubes.

A la hora de la comida pararon en un bar del camino y allí tomaron el plato preferido de Juan, patatas con huevos y chorizo frito, después de comerse una naranja, se prepararon para continuar, aunque ya se sentían un poco nerviosos por que dentro de poco llegarían al lugar, donde se supone deberían montar la tienda de campaña y pasar la noche, ya muy cerca de la cima. Parece que el tiempo empezaba a refrescar, y tuvieron que ponerse un jersey. El paisaje era precioso, y según les habían dicho en la cima les esperaba una maravillosa vista de toda la sierra.

Cuando llegaron al pequeño camping, se pusieron a montar la tienda y comprobaron con alegría que eran capaces de desenvolverse solos sin ayuda de los mayores. La cena sería ligera y lo más divertido sería que se quedarían charlando hasta que les venciera el sueño sin nadie que les mandase acostarse.

Hablaron del día siguiente, llegarían por la mañana a la cima, dejarían un pequeño secreto arriba y luego regresarían... que aunque sus padres les habían dicho que si se sentían cansados podían subir a buscarles..., eso no entraba en sus planes, querían disfrutar de su pequeño viaje hasta el final.

Tumbados en el suelo, encima de la yerba, miraban las nubes, los árboles, los insectos y comentaban su gran suerte de poder estar allí compartiendo todo esto. Se acordaron entonces de su profesor de primaria, esa persona que les había enseñado a valorar esas pequeñas cosas que nos rodean, y que al saber de sus salidas a la naturaleza, él aprovechaba para compartir con ellos sus propias experiencias. Siempre cuando acababan las clases intercambiaban sus planes para el fin de semana.

Era como un juego, pero un juego que les enseñaba a madurar como personas en un mundo donde no se valoran estas cosas, ni se cuidan ni se conservan.

Con todos estos pensamientos, casi se les olvida llamar a sus padres. Les contaron todo lo sucedido en ese día y sus planes para el día siguiente. Y sin darse cuenta se quedaron dormidos.

Cuando se despertaron a la mañana siguiente, el cielo estaba negro y amenazaba lluvia, había enfriado mucho, pero pese a todo, se negaron a llamar a sus padres y decidieron continuar el ascenso. Recogieron todo y se subieron a las bicis. Cuando llevaban un poco de camino comenzó a llover, el suelo se convirtió en un terreno resbaladizo y fangoso. Eso hizo que Juan resbalase y se hiciese un poco de daño en la rodilla, además de empaparse. Aún así continuaron.

Las nubes parece que les envolvían a medida que subían, no debía de faltar mucho. Alfonso intentó llamar al móvil, pero no funcionaba. Así que siguieron subiendo. A Juan le dolía la rodilla y tenía frío.

El bosque parecía que se cerraba a su alrededor y aunque ninguno de los dos lo reconocía estaban empezando a asustarse. El camino era cada vez más estrecho y resbaladizo y cuando todo estaba tan oscuro que sus fuerzas empezaban a flaquear el bosque se abrió en un claro, como por arte de magia, la lluvia se convirtió en una leve llovizna, que dejó ante sus ojos un maravilloso arco iris, un rayo de sol les cubrió dándoles calor y subiendo sus ánimos.

Alfonso y Juan, se abrazaron felices.

Ante sus ojos, aparecían todas las cumbres de las montañas cercanas, una maravillosa sensación de libertad llenó sus corazones y en ese momento se sintieron acompañados por su profesor, su amigo... Don Avelino.

Y fue en ese lugar donde clavaron la pequeña bandera que decía: «A Don Avelino, que nos supo guiar cuando éramos pequeños y llenó nuestros corazones de cosas buenas para hacernos mejores».

De repente el móvil de Alfonso, comenzó a sonar, era su padre que los esperaba a apenas unos metros de donde estaban. Felices como nunca Alfonso y Juan recordarían su pequeño viaje como uno de los más bonitos de sus días.



2º PREMIO ESCOLAR DE PROSA

*Una rosa sangrante**Irene Valles Cea*

No es posible... no puede ser... ¡NO! Jamás podría... ¡No puedo admitirlo! Aún cuando la verdad es inminente; aun cuando la sombra de la muerte se aproxima lenta, pero segura, como cazador al acecho, que sabe que su presa no tiene escapatoria...

Aún en estas condiciones, emplearé mi último aliento para dar cuenta y fin, a esto hecho:

Todo empezó unas semanas atrás...

Trabajaba en la comisaría de policía. Ramón Gorbón, comisario, ese era yo. Muy reconocido entre los de mi grupo. Personaje terco y serio, dirán algunos. Otros, los que más me conocen, afable e inofensivo. Sin embargo, durante estas últimas semanas, la atmósfera estaba más cargada que de costumbre. Un mal nos atormentaba, la impotencia nos consumía, nos quitaba el sueño. Llevábamos semanas buscándolo, rastreando cada rincón en su búsqueda.

El asesino en serie más peligroso que jamás había acechado a este barrio periférico. Un gran dispositivo de emergencia estaba desplegado, buscando al pulcro y escurridizo asesino. Y digo pulcro, porque en los cuerpos de las víctimas no había signo alguno de violencia, ni sangre, nada. Sin embargo, la expresión de sus rostros dejaba helado al más firme. Delataba

el infierno de su muerte. La perfección con la que habían sido cometidos los asesinatos, la inexistencia de pruebas que nos condujeran a la identificación o paradero del asesino, nos desmoronaban completamente.

El pequeño barrio estaba consternado. La desconfianza era un sentimiento predominante. Viejas heridas entre vecinos habían vuelto a abrirse. En este lugar, donde la gente te define con etiquetas, impuestas por determinado colectivo, nadie escapaba a las miradas acusadoras; en especial, la propia policía.

Por entonces, habían sido descubiertos tres cadáveres: el de una anciana señora que, vivía cerca nuestro; el del panadero; y el del médico del hospital.

No encontrábamos relación alguna entre los crímenes. Lo más probable es que fueran elegidos de manera arbitraria.

Los días eran tan desesperantes como agotadores.

Ese, concretamente, era martes. Se cumplían tres semanas desde la aparición del primer cuerpo. Y no teníamos nada.

Miré el reloj. Las diez y media de la noche, hora de regresar a casa.

Abrí la puerta y penetré en mi «acogedora morada». Fuera hacía un frío horrible por lo que, tras quitarme el abrigo y los guantes, me acerqué a la estufa. Mi mujer todavía no había llegado. Era doctora en el mismo hospital que el fallecido. Desde que aparecieron los asesinatos, había cambiado muchísimo. Ya no le brillaban los ojos como antes, su risa, era ya un recuerdo lejano.

Ensimismado en mis pensamientos estaba, cuando el atroz rugido de mi estómago, hizo acto de presencia. Y yo, como fiel servidor a los deseos de mi «adorable pancita», me precipité a la nevera. ¡Cual fue mi desolación al encontrarla totalmente vacía!

Mirando con repugnancia al último yogur 0% estaba, cuando me asaltó un sonido familiar. Era el coche de mi esposa. Segundos después, aparece en el recibidor. Pese a su cons ternación, su rostro aún reflejaba su hermosura, que permanecía intacta año tras año. Solíamos bromear al respecto. Yo siempre la acusaba de haber hecho un pacto con el diablo. Era otros tiempos, ya no era la misma. La que tenía en frente, apenas me miraba. Sostenía varias bolsas del supermercado. Mi estómago brincó de alegría, ¡COMIDA! Pero algo agué este segundo eufórico. Pegado a sus tobillos estaba esa bestia, traída del infierno por algún otro desgraciado, fruto de los caprichos de mi cuñada. Napoleón se llamaba el terrible, orgulloso y rollizo gatito.

–Mi hermana se ha ido de viaje y, me ha pedido que lo cuidemos –dijo con voz de autómeta– Hay comida en las bolsas. Yo no tengo hambre.

Y sin mediar más palabra, subió las escaleras y se encerró en su habitación. «Está siendo muy duro para ella» –pensé– «Añoro su alegría, su energía...»

Mientras que me sumergía en un mar de recuerdos, algo me hizo regresar bruscamente a la realidad.

–¡MININO ESTÚPIDO! –grité loco de ira, totalmente fuera de mis cabales– ¡COMO TE COJA VOY A HACER UNA ALFOMBRILLA DE BAÑO CONTIGOOO!

Mientras que yo, había iniciado mi viaje mental a *Babia*, el «bola de pelo», había abordado vilmente las bolsas de la compra. Pero el rufián era más listo que el hambre. Pese a su «voluminoso» aspecto, trepó con agilidad por la escalera y, se puso a maullar como un descosío delante de la puerta de la habitación.

– ¡Calla! ¡Calla! –susurraba– ¡calla maldito!

A esto, sale mi mujer. Y, tras tomar al endemoniado del suelo, me fulmina con una gélida mirada para después, volver a entrar en el cuarto.

Odiaba esas miradas de reproche, que actualmente presentaban un bombardeo continuo hacia mi persona. Así pues, bajé las escaleras; recogí el estropicio formado por el minino y, tras rescatar algún panecillo intacto, me tumbé en el sofá y a dormir se ha dicho.

Ring, ring, ring...

Sobresaltado, descolgué el auricular.

—¿Comisario Ramón?, tenemos algo que le interesará saber.

Era Gabino Ruíz, mi compañero de trabajo y buen amigo.

—¿Qué es?! —pregunté, sintiendo como el corazón me palpitaba con fuerza.— ¿De qué se trata?!

—Hemos encontrado otro cadáver —dijo con voz quebrada.

—¿Cómo? —respondí, sintiendo como la sangre se me helaba de golpe.

—Pero esta vez jefe, ha dejado una pista, un fallo que le llevará a la cárcel. Creo que ya lo tenemos.

No podía creerlo. Tan eufórico me sentía que estuve a punto de romper el teléfono.

Habiendo a duras penas respondido y colgado el auricular, me dirigí a toda pastilla hacia la comisaría.

Allí el revuelo era enorme.

—¡Lo tenemos!!! —me gritó Gabino, nada más verme entrar por la puerta.

—¿Pero cómo ha sido? —respondí casi exhausto, desplomándome en una silla.

—Es Rogelio, el vagabundo. Varios testigos le vieron mero-deando nerviosamente, cerca del lugar donde ocurrieron los hechos. Además, su relación con los fallecidos se resumía en

insultos y amenazas. Seguramente, el móvil de los asesinatos ha sido la venganza por el trato recibido.

–Pero... ¿cómo estáis tan seguros?

–Esta vez no ha sido tan cauto. El momento del asesinato ha sido grabado por la cámara de un cajero automático. Ya han dado orden de detención. Todo ha acabado.

Apenas podía contener mis emociones. El calvario sufrido durante semanas interminables, había finalizado.

Abracé a mis compañeros, aquel triunfo había que celebrarlo, pero no entonces, era muy tarde. Se dio por zanjada la investigación. Tomé mi abrigo y, me dispuse a regresar al hogar.

Nada más entrar, una grata sorpresa. Mi mujer estaba en el sofá, con el felino en sus rodillas, mirándome complaciente.

–Ruiz me lo ha contado todo –dijo con una sonrisa que, desde hacía mucho tiempo, no adornaba su cara.– He preparado té, debes estar exhausto.

Sin dejar de sorprenderme por el súbito cambio, tomé asiento y bebí. Ella me observaba. De repente, comencé a sentirlo. Escalofríos recorrían mi cuerpo, me costaba respirar... ¡NO PODÍA RESPIRAR!

Caí al suelo. Con la vista nublada, vislumbré la sonrisa más fría que jamás pensé que vería en aquel rostro.

–¿Por qué? –pude apenas preguntar.

–Que ¿por qué? –respondió pudiendo apenas reprimir una sonrisa.– Todos sois iguales. Sólo os interesáis cuando os concierne. Tendrás que preguntárselo a San Pedro cuando le veas. Tranquilo, ya llamaré mañana a tu oficina, para decirles que falleciste durante la noche. Muerte natural. Nadie podrá sospechar nada. Lo que estás experimentando, son los síntomas de mi máspreciado secreto. Un veneno sin cura, del que no se tiene conocimiento, que se disipa sin dejar rastro.

Una auténtica maravilla. Eres el quinto agraciado en comprobar mis cualidades en la experimentación. Mis queridos pacientes, la vieja y el panadero, sirvieron como conejillos de indias; el médico sabía demasiado y el vagabundo, era un señuelo perfecto.

Sus carcajadas llegaron a mis oídos cada vez más lejanas. No podía creer que aquella a la que había dedicado mi vida, aquella por la que habría muerto, mi flor, mi sol... hubiera sido capaz de cometer semejante atrocidad. Pero, ¿qué pudo llevar a locura semejante? ¿Tal vez un odio oculto durante años? Nadie pudo imaginar nunca que la más enferma fuera la doctora; mi rosa, *mi rosa sangrante*.



3^{er} PREMIO ESCOLAR DE PROSA*Cifo, el ciclope*

Pablo Vicente Sánchez

Cuando yo era pequeño, mi abuelo solía contarme cuentos, los cuales me gustaban muchísimo. Yo le preguntaba dónde los aprendía y él solía decirme que no eran cuentos sino historias de sus viajes a través del tiempo, y yo así lo creía. Él vivía lejos, por lo que yo siempre estaba impaciente y deseoso de que viniera a mi casa para poder escuchar sus formidables historias.

Hay una que recuerdo especialmente.

Un día vino a mi casa y me preguntó qué tipo de cuento quería esa vez; yo le dije que cualquiera, siempre que no fuera de dragones, gigantes o monstruos. «¿Por qué no?» me dijo él; a lo que le contesté: «Porque siempre son muy malos». «Pero eso no es verdad», objetó mi abuelo, «eso son inventos de los seres humanos que piensan que todo lo que es diferente a nosotros es malo, pero no es así. Te voy a contar un cuento que lo demuestra. Se titula "Cifo el cíclope"»:

Hace muchísimo tiempo, el mundo no era como lo conocemos y en él habitaban todo tipo de criaturas. Entre ellas estaban los cíclopes, seres descomunales, calvos y feroces que vivían en la isla de "Ciclus". El rasgo más significativo de los cíclopes era su único ojo. Todo cíclope tenía un ojo en medio de la frente, ¿todos?, no; hubo un cíclope que tenía dos ojos, uno encima del otro; se llamaba Cifo.

Como ya os imaginaréis, no era muy bien tratado: todos se burlaban de él, le pegaban (cosa frecuente entre estas criaturas tan tontas) o simplemente le ignoraban.

Cuando algún curioso le preguntaba por qué era así, él solía decir cosas como: «De pequeño, jugando con un cuchillo me corté el ojo en dos» o «Un día, luchando con un dragón, éste me separó el ojo con sus garras», pero lo cierto era que no sabía por qué tenía dos ojos.

Un día Cifo decidió hacer un viaje para descubrir su identidad. Puesto que no había conocido a sus padres, solía dudar de que realmente fuera un cíclope. «¿Cómo un cíclope puede tener dos ojos?! ¡Seguro que no soy uno de ellos!» solía pensar Cifo. Sólo dudaba de estas cosas cuando pensaba que él siempre había vivido en el reino de los cíclopes.

Comenzó su viaje dirigiéndose al valle de las águilas, las mayores aliadas de los cíclopes. Ellas les llevaban noticias del resto del mundo.

Cifo pensó que podía ser un águila, pero se dio cuenta de que no lo era cuando intentó volar tirándose por un barranco de trescientos metros de profundidad, el cual bajó en picado a una velocidad de vértigo. Mientras se frotaba el enorme chichón, se encontró con una pequeña águila que le había visto caer. Ésta decidió acompañarle en su travesía. Según ella, el cíclope volaba bastante bien para ser tan gordo.

Así, Cifo y su águila recorrieron parte del mundo, y juntos descubrieron que Cifo no era ni un orco, ni un minotauro, ni un unicornio, ni un fénix, ni una serpiente marina, ni un troll, ni un enano.

Cuando llegaron al reino de los humanos, Cifo oyó hablar de los gigantes: criaturas de apariencia humana, de tamaño descomunal y... ¡CON DOS OJOS! Rápidamente su águila y él partieron hacia la ciudad de los gigantes.

¡Cuál fue su desilusión cuando vieron a los gigantes! Eran grandes, sí, pero mucho más que Cifo, y tenían dos ojos, sí, pero uno al lado del otro.

Harto ya de tantas desdichas, el cíclope decidió que era hora de volver a su tierra y su amiga, el águila, le acompañó.

Al llegar, se encontró con que casi nadie había reparado en su ausencia.

Todos estaban colocados encima de las murallas de Ciclus y observaban el horizonte nerviosos.

«¿Qué sucede?», preguntó Cifo al jefe de vigías.

«Nada importante» respondió «las águilas se acercan y nos traen noticias».

¡Qué sorpresa se llevó Cifo cuando miró hacia donde le indicaba el jefe! ¡No eran águilas, eran dragones!

Se lo dijo a su pequeña amiga que rápidamente echó a volar para comprobarlo. Ella sabía que aquellas criaturas eran los peores enemigos de los cíclopes y parecía que iban a atacarles.

Cifo intentó convencer al jefe para que diera la voz de alarma al resto de los cíclopes, pero, como era de esperar, no le creyó. No hasta que su amiga águila bajó en picado del cielo y le picoteó la cabeza insistiendo en que prepararan las armas porque Cifo tenía razón.

Un poco desconcertados, los cíclopes se prepararon para la batalla.

Momentos después, un enorme escuadrón de dragones llegó a Ciclus con sus garras bien afiladas y vomitando fuego desde lo alto. Sin embargo, se encontraron con que los cíclopes les estaban esperando, armados hasta los dientes.

Hubo una gran batalla, pero los cíclopes llevaban ventaja.

Gracias a Cifo y a sus dos fantásticos ojos, ganaron el combate y expulsaron a los dragones de sus tierras.

Todos felicitaron al responsable de aquella victoria. Desde aquel momento, dejaron de discriminar a Cifo y ya no volvieron a llamarle "Cifo el raro" o "Cifo, el dos ojos", sino Cifo, el cíclope.

Cifo fue nombrado "Primer vigía" y fue muy envidiado por su agudeza visual

Él no volvió a dudar de su identidad. Era un cíclope, tuviera dos ojos, tres o cien.»

«Y aquí acaba la historia, que demuestra claramente que ser diferente no significa ser peor y mucho menos, como dije al principio, ser malo.»



1^{er} PREMIO ESCOLAR DE VERSO*La guerra**Antonio Ledesma Oceja*

Empieza la guerra, suenan las cornetas
se prepara la marcha, se apagan las hogueras
se despiden las familias, se escuchan bendiciones
y el ejército parte al fragor de la batalla.

La batalla ya comienza, redoblan los tambores
se entremezclan los murmullos, gritos y lamentaciones
se entrechocan las espadas, se funden los colores
los soldados se encomiendan a su Dios en oraciones.

Al amanecer sigue la noche la batalla no ha terminado
La luna tiñe de blanco los cuerpos de los soldados
Ninguno de los bandos se da por derrotado
Y la lluvia se extiende por los campos desolados.

La niebla se esclarece, una bandera ondea al viento
Un soldado la mantiene confuso y agotado
El único superviviente a una guerra sin motivo
Sostiene el símbolo de la gloria de un país.

Vuelve a su ciudad, le preguntan el resultado
Si hay un claro vencedor, un general derrotado

Si necesitan refuerzos, o soldados alentados
El soldado visita al monarca, con la bandera en la mano.

¿Qué pasa, soldado amigo, qué sucede querido hermano?
Te traigo la victoria, dijo sin comentarios
Pero si la victoria supone la muerte de mis compañeros y aliados
No veo en la guerra motivo alguno justificado.

El soldado parte sin rumbo declarado
Dejando al rey con la bandera en la mano
Oscuras reflexiones se producen en el palacio
El sol se esconde ocultando los tristes pedados.



2º PREMIO ESCOLAR DE VERSO

*Poesía para un renacuajo**Alejandro Román Sánchez*

Tengo un hermanito
que es muy travieso
si estamos en el baño
quita el tapón
se va todo el agua
y me enfado un montón.

No tiene dientes
y está gordito
se lo come todo:
los juguetes,
sus manos
y el potito.

Por la noche llora un montón
quiere el chupete,
se aburre en la cuna
o pide el biberón.

Tira todo al suelo
y luego se ríe,
no sabe hablar
y lleva pañal.

Pierde la zapatilla,
mancha la silla,
no juega la fútbol
y siempre chilla.

Me quita las gafas
y me tira del pelo
pero como no tiene ni un año,
no me hace daño.

Quiero que se haga mayor
enseñarle a hablar
enseñarle a jugar
a patinar y a nadar.

Cuando él no estaba
me sentía solito
pero gracias a mi hermano
tengo un hermanito.



3^{er} PREMIO ESCOLAR DE VERSO

Crónica de un camello

Pablo Baamonde Soengas

Soy el camello, rey del desierto
soy rumiante y ios advierto!

que aunque soy grande y cheposo
y en una duna me oculto
no me consideréis inculto
ni tampoco caprichoso.

Otros reyes atraviesan en caravana
con valentía y templanza el desierto
contemplando a su paso otro infierno,
la pobreza y penuria Africana.

Es el Dakar y sus fornidos pilotos
que cruzan sendas muy duras
a veces perdidos entre dunas
arriesgando innecesariamente sus vidas.

Soy el camello, rey del desierto
no pincho, no tengo sed, no desfallezco

comparto mi senda insegura
sin necesidad de obtener ningún premio

ya que el único premio que anhelo
isería ver nutrido y en paz a mi pueblo!



1^{er} PREMIO ADULTO DE PROSA

Un hidalgo de Castilla

Manuel Terrín Benavides

¡Estos me quedan!

Tartalea el Tenazas por una calle de las afueras –barro y casquijo que hieren los pies–, una de esas callejas silenciosas que se apaciguan en las eran y luego son los caminos entre viñedos.

Hace el último recorrido de la tarde, el de los barrios humildes. En el costado derecho, la ristra, ya menguada, con los números de la suerte; en el izquierdo, apretada a la chambre, a la altura del bolsillo interior –allí, dicen guarda el importe de la venta–, la mano sarmentosa. Ciertas almas compasivas, cuanto contemplan el cielo con que custodia los intereses de la organización, gesto delante, temen que algún guión, cualquier día, pueda darle un susto.

Paquito Collalba, el escribiente del ayuntamiento, el de la lupia– casi bubón– en el tozuelo, le tiene repetido que cambie el disco, que eso de gritar que le queda lo que le queda es un exabrupto. ¡Bah! ¿Puede un chupatinta comprender estos asuntos? De culto se las da y es un bambarria, un retórico de tres al cuer-to que malgasta la vida entre la secretaría del alcalde y la taberna, entre el café mañero y el clarete del crepúsculo.

Sonsonete ridículo, el del ciego: ¡Son para hoy... Son para hoy!... ¿Para cuándo entonces?

El ciego, reflexivo como todos los perdedores, rezonga las mañanas tristes que los peces naufragan fuera del agua y ellos, gente incompleta, eso son: peces abandonados en tierra seca.

Menos llorón es el Tanzas, menos quejumbroso, aunque tiene motivos para desesperarse. Gente hay que toca madera cuando lo ve venir de frente, tartajeante, arrastrando penosamente un cuerpo deformado. Su presencia azora, amilana. Acobardan los ojos saltones, sus gestos esperpénticos, escalofriantes. Algunos dicen que es buena persona, otros, que no, que derrapa hacia la turbulencia, que por las noches –culpa de hembra que le sorbiera el seso y nunca fuera suya– al tintorro le pega más de la cuenta, que nunca por eso se le va el tembleque.

– ¡Estos me quedan!

Temprano comienza la tarea, temprano se lanza a gritar su millonaria oferta, un día, otro día, siempre, desde que le ofrecieron este trabajo. Su anciana madre llora muchas veces hacia dentro, sentada hacia dentro, sentada junto al fuego, trajinando en la humilde casucha: daño le causa la deformidad del hijo, verlo descolgado, pensar que el pueblo entero es escaparate de su desgracia. El, en cambio, parece resignado; dic, cuando hablan entre ellos, que quien hizo así las cosas por algo las haría, que los de arriba no pueden ser irracionales.

– ¡Estos me quedan!

Que rabie Paquito Collalba si no le gusta la muletilla, que sufra que siga ensanchando los cornetes de la nariz como los burros bombones; lo importante, cuando se vende algo, es anunciar una presencia.

Peor suena la perogrullada del ciego, su voz espesa, su abejorreo desafinado y nadie le pone maniotas. ¡Pobre hombre, el ciego! Parece un tiempo que ya se termina. Aturdido pasa por la vida, atenazado a la piedra de la torre, o bajo los árboles de la placeta, la única parcela que reconoce como suya, palmo a palmo, aprendizaje de muchos años a golpe de esparteña y cachava.

El ciego y el Tenazas son amigos. Paquitos Collalba asegura que el Tenazas tiene un secreto importante, mórbido, algo misterioso que solamente con el ciego comparte. La rabia es que el ciego, muy ladino, no suelta prenda a nadie. Enganchados del brazo, los dos peones del cupón se van a la taberna, de chateo, y por el camino, confidencia va y confidencia viene, culebrones, provocando el martirio de un curiosidad insatisfecha. Paquito Collalba ha prometido a los amantes del chismorreo llegar hasta el fondo de la cuestión, cueste lo que cueste, caiga quien caiga.

Por el tortoleo que se trae con el ciego, por la ternura con que lo conduce por los escalones, serpenteando charcos, mucha gente asegura que el Tenazas tienen buen corazón.

—¡Estos me quedan!

Ya ha llegado el otoño, ya confidencias las golondrinas un viaje largo; el cielo, a ratos desnudo, a ratos forrando de nubarrones pardos, barrunta soledad. Anochece pronto, se enfría el aire de La Mancha y después de unas semanas, cuando concluya la vendimia, el campo amanecerá frío, solitario, enemigo.

Hacia la llanura sin alma mira el Tenazas, hacia los caminos que comienzas en sus pies y se estrechan rectilíneos, largos hasta perderse en el fondo, barro sosteniendo huellas húmedas que nunca serán las suyas.

—¡Estos me quedan!

Estrujada le salen la voz, como de tierra comprimida. Su garganta —nunca ha sido individuo fuerte— delata ya el mal tiempo.

—Abandona ese trajineo, Juan —le aconseja la madre—; nosotros, con la pensión...

Ello no lo comprende, nunca lo ha comprendido. Abandonarla calle como borrones a la vida, como estrechar los alrededores de su existencia, cerrarle el paso a un rostro regordete que cada día se acerca al suyo, bondadoso, para comprarle un cupón y meterse poco a poco dentro de su alma.

El Tenazas, pese a sus deformidades, vive. Ya todos se han acostumbrado a convivir con su tembleque, con su expresión de trasmundo, con los gestos de una mano ganchuda parecida alas patas de los cangrejos, la que le valiera el mote que arrastra. Ya miran todos con normalidad su cháchara chapucera, su cuerpo desgarrado, su pelo de hierba seca –coxagia congénita, eso dijeron los médicos, vaya palabreja, un lejano día–, su risa deformada. ¡Ah la alegría del Tenazas! Cuando rie parece que llora, eso parece.

–¡Estos me quedan!

Al paso por una casa deshabitada, de repente, sucede. Un zangandón de ojos rencorosos sale a tropel desde la sombra y lo zancadiles.

–¡Tío, la pasta! –le grita, amenazante, cuando lo va tumbado en el suelo, acercando las manos con codicia al bolsillo interior de la chambre.

La calle está más sola que nunca, casi toda la gente anda en la vendimia, salpicada por el llano manchego. El Tenazas pide auxilio, se aprieta el pecho con ambas manos, patalea, araña, pero nadie acude. Casi rendido, todavía aprieta más las manos contra la carne, a la altura del corazón.

Dos hombres aparecen doblando una esquina, dos campesinos que regresan de la faena, dos ángeles de la guarda enviados por el cielo desde un campo de viñas. Una tarascada a bocajarro hace que el zangandón pierda el equilibrio. En silencio, suspensos, se miran. Les cuesta comprender que el intruso no haya conseguido su objetivo.

El zangandón se rehace, escondido de rabia, y estampa el puño en el rostro de uno de ellos, repetidas veces. El otro, a gritos, esgrime una navaja de muelles y en el corazón se le hubiera clavado, ese camino llevaba, si el zangandón no hace uso de unas piernas ágiles que le permiten huir a grandes zancadas.

El Tenazas sigue en el suelo, muy dolorido, con la respiración fatigosa, casi inconsciente. Caheándolo, por si tiene algu-

na herida, los ángeles de la guarda comprueban que el dinero lo lleva en un esquero, sujeto al cinto, sobre los ijares, cubierto por los faldones del blusón.

Vuelven a mirarse los hombres el rostro, intrigados. Paquito Collalba llevaba razón. No es el importe de los cupones lo que contiene el bolsillo interior de la chambrá.

Aprovechando su estado de abasia pasajera, le apartan las manos del pecho y buscan, buscan con ansiedad el rumoreado secreto.

Envuelta con esmero en una lámina de plástico, aparece la fotografía de una mujer —pómulos mofletudos, ojos pequeños, chantonga, aire bondadoso— vestida de novia. Abren la boca los campesinos, dilatan las pupilas, entre el estupor, la risa, la tristeza, y el Tenazas comienza a erguirse, con el rostro desencajado, iracundo, suplicante, intentando de nuevo con la cartulina.

—Tranquilo, Juan, tranquilo; la Felisa nunca ha de saberlo, Antonio el marido, menos todavía —lo anima uno de ellos, aupándolo.

El otro, como el Tenazas no se sosiega, añade: —Ni el fotógrafo, puñetas... inadie!... No fue por mala fe que tú robaras esto del escaparate.

Y vuelven a colocarle el retrato —sonriente la Felisa, más dichosa que bella, estereotipada la cara regordeta bajo el tocado de gasa blanca— en el bolsillo de origen.

Los campesinos, alentándolo, le repiten que un secreto es un secreto, palabra de hombres, y lo dejan marchar, solo calle arriba, con la mano sarmentosa apretada al costado izquierdo.

— ¡Estos me quedan!



2º PREMIO ADULTO DE PROSA

No voy a equivocarme

Lorena Rivera Novillo

Salió de su casa y lo vio.

No podía creerlo. «No puede pasar a estas horas de la tarde» pensó, pero allí estaba.

Entró en casa rápidamente y cogió las llaves del coche, volvió a salir, corrió rápidamente hacia su vehículo. Atravesó la calle a paso veloz, como perseguido por el diablo, tanto, que en su trayecto arrojó a una señora y pisó una patita al perrito que estaba paseando. Cruzó a la siguiente tan rápido que ni siquiera llegó a oír los insultos que dicha señora le estaba dedicando. Era divertido ver a un señor trajeado correr de esa manera por las calles, como si estuviese loco. Cuando llegó a su destino, empezó a pensar que era demasiado tarde, pero aún así, puso su coche en marcha, y empezó a violar, una detrás de otra, todas las normas de tráfico que le fueron posibles en un tiempo record. Si ese tipo de records fuera legítimo, y además causase admiración (que, en ocasiones, desgraciadamente es así) se habría hecho con la fama al instante.

Por fin llegó a donde tenía que llegar. Era una calle de un casco antiguo de ciudad.

La calle donde estaba su casa.

Seguía allí, tal y como lo había visto antes.

Un aparcamiento libre.

Después del placer de haber aparcado, se quiso dar la satisfacción, o mejor dicho, calmar la insatisfacción del ansia que le producía la nicotina en su cuerpo. Encendió un cigarrillo, mientras observaba orgulloso el sitio donde acababa de dejar su coche, y lo bien que lo había aparcado. Estaba justamente al otro lado de la calle, enfrente de su casa, rozando la acera que compartía con un pequeño edificio típico del casco antiguo, roído por el tiempo, agrietado, pasando curiosamente por el mismo proceso que las personas, solo que en este caso, provocaba un efecto encantador; la sensación de calma tan poco característica de los tiempos de ahora.

«No entiendo esa absurda obsesión tuya de aparcar cerca de casa, ¿qué mas da si el coche está unas calles más allá aparcado? Sabes que vivimos en una zona concurrida, y no puedes estar toda la vida pendiente, saliendo a la calle y pre-ocupándote por ello».

El hombre recordaba así lo que le decía su mujer cada vez que emprendía una nueva aventura urbana corriendo calles para, muchas veces, resignarse porque ya le han quitado el sitio. En su interior, le contestaba: «Querida, así puedo asomarme a la ventana y tener la seguridad de que puedo largarme y no volver a saber más de ti cuando se me acabe la paciencia», con cierto tono de burla, desahogándose así de no poder o no atreverse a decirlo en voz alta.

No es que no quisiera a su mujer, es que, directamente, no la conocía. Las mismas ambiciones que les unieron, (la de tener una casa bonita, un buen coche, unos trajes elegantes, etc.) acabaron por separarles, pues dedicaban tanto tiempo al trabajo...

Él, trabajaba en el mundo de los negocios, todos los días de allá para acá, forzando la sonrisa muchas veces, estableciendo forzosamente conversaciones con gente que no soportaba.

Ella, encerrada 10 horas al día en una oficina que estaba cerca de su casa, no se llevaba bien con sus compañeros de trabajo, pues la envidiaban por ser muy eficiente y llevarse siempre los elogios.

Al terminar la jornada, ella quería salir, y él quedarse en casa. En un principio planificaban para hacer ambas cosas juntos, pero acabaron, ella por salir con una vecina, con ganas de hablar, incluso de gritar, por su larga soledad en el trabajo; él por quedarse en casa viendo la televisión, sin ganas de hablar con nadie, solo descansar, pues su trabajo consistía en hablar, básicamente.

El tiempo hizo el resto del trabajo.

Sin embargo, él sabía que no iba a irse nunca de casa, por mucho que quisiera, pues se debía a su hija.

Su hija se llamaba Blanca, aunque era muy morena. Había salido a su madre, pues él era muy blanco de piel, rubio, con los ojos azules. El nombre lo eligió él, en honor a una compañera de universidad que murió.

En ese momento, su hija estaba estudiando en unas clases particulares a las que la mandaba cada viernes por la tarde. Muchas veces, veía a chiquillos que jugaban los viernes por la tarde, y él, orgulloso, sabía que su hija estaba estudiando.

«Ya debe estar a punto de llegar» pensó. Entró en su casa, y se tumbó en el sofá, solamente a pensar, sólo a conocerse un poco más. Empezó a recordar una conversación con un viejo maestro suyo, sobre la que creó parte de su filosofía de vida. Lentamente, recreó el escenario. Un viejo aula, con un jovencito al que habían pillado copiando, a solas con un hombre de mirada perdida, sin ninguna expresión más excepto la decepción. El jovencito rogaba:

—Profesor, ha sido solamente un error, no me expulse por ello. Yo intentaré arreglarlo como sea, tiene que haber alguna forma, tiene que comprender que es un error, un error lo puede cometer cualquiera.

—Cierto. Pero mi tarea es que usted cometa el menor número de errores posibles, y para ello, se han establecido ciertas medidas de coerción. Debo cumplir con mi responsabilidad.

—Por favor. Nunca he tenido ningún fallo como éste... y le prometo que no volveré a equivocarme.

—¡Equivóquese hombre! El error es el único trabajo que hacemos sin que nadie se pueda aprovecharse del mismo.

—Pero... ¿No es de sabios aprender del error de los demás?

—Ya no quedan sabios. —Y añadió el viejo profesor.— La gente no tiene tiempo para aprender de los errores de los demás. La sociedad va tan deprisa...

—Yo he aprendido de mi propio error... ¿Es que usted nunca se equivocó? ¡Los sabios también se equivocan!

—Un sabio no es el que no se equivoca. Es el que te convence de que sus errores son aciertos.

Al final no fue expulsado. El profesor nunca quiso expulsarle, sólo darle a entender que tenía que tomarse la vida más en serio. Y lo consiguió.

De toda la conversación, la frase que más le impactó fue el incentivo a equivocarse. Seguía sin estar de acuerdo. Y más todavía después de ser padre. Cualquier error en la educación de su hija podría tener graves consecuencias.

«Mi hija ya debería de haber llegado». Empezó a preocuparse.

Es cierto que él y su mujer no tenían apenas tiempo para estar con su hija, pero se había encargado de tomar medidas para su buena educación. «Muchos padres —pensaba— compran todos los caprichos que quieren a sus hijos, sobre todo videoconsolas con, si es posible, juegos violentos. Así les pueden echar la culpa cuando su hijo se convierte en un delincuente, o algo peor. Sin embargo yo, siempre he dejado a mi hija sola, si, pero con la única diversión que le puedan dar los libros. Le he pagado las mejores escuelas privadas, y todos los fines de semana se dedica a reforzar sus conocimientos con clases particulares. Será una mujer inteligente y fuerte, pues aprenderá a pasar la vida sola, sin depender de nadie».

Su hija empezaba a retrasarse demasiado. Y el empezaba

a enfadarse y a preocuparse a la vez. Extraño sentimiento el que te hace pensar de la siguiente manera:

«Ojala sólo se haya entretenido por el camino con unos amigos» para más tarde pensar «Como se haya entretenido con unos amigos la voy a castigar sin salir el resto de su vida».

Llamó a su mujer, pero colgó antes de que lo cogiera. Estaba exagerando. Sólo habían pasado diez minutos.

Aparcando el coche cerca de casa hacía que se sintiera más tranquilo. No era por la comodidad ni mucho menos, no le importaba dar un paseo por la mañana antes de empezar a trabajar. Simplemente sentía que su coche estaría más seguro. Simplemente, evitar cualquier suceso que hiciese que le pasase cualquier cosa a su coche.

Lo mismo sentía hacia su hija. Si, los niños deben jugar y todo eso, pero él sufría cada vez que su niña salía a la calle. Pasan demasiadas cosas todos los días, y no podría soportar que nada de eso le pasase a Blanca. Su obsesión era no cometer ningún error en la educación de su hija. En todo lo demás podría equivocarse.

Su hija no volvía. Ya habían pasado quince minutos. Un retraso así no era normal en ella. Empezaba a asustarse de veras, y eso que no sabía que, gracias al gran plan de crear una mujer fuerte, responsable e inteligente, había activado en ella un nivel de astucia precoz en su edad: Ella había superado en picardía con creces a sus padres hacía ya mucho tiempo. Demasiadas ansias de libertad y demasiado tiempo sola habían hecho que fuera capaz de inventar las mil y una maneras de engañar a sus padres. Por la noche se escapaba de casa para estar con algunos amigos, o simplemente para tumbarse en el césped del parque a ver las estrellas. Sus padres pensaban que quitar las pilas al mando de la televisión era más que suficiente para que su hija, recatada y sumisa, pasase la tarde leyendo. Nada más lejos de la realidad: No solo veía la televisión, sino que invitaba a casa a todos sus amigos, y allí pasaban el tiempo. Luego ella lo limpiaba todo sin dejar ni rastro,

y si dejaba alguno, sabía que sus padres venían demasiado cansados como para fijarse, y al día siguiente, la señora de la limpieza se encargaría de que no quedase nada de nada.

Media hora ya. Esto ya sí que no era normal. Llamó a su mujer:

–Hola cariño, ¿esta Blanca contigo? –lo de cariño era pura costumbre.

–Estoy trabajando, ¿qué pasa?

–Todavía no ha llegado de sus clases particulares.

–¡Desde luego! Tengo que estar en todo. ¡Se habrán quedado estudiando un poco más! Creo que el lunes tenía examen. Encárgate tú, yo aun tengo cosas que hacer aquí.

–Lo intento. Si va a verte, llámame.

–De acuerdo. Si aparece por casa, llámame tú. Ya tendremos una conversación...

Después de colgar, salió a la puerta de su casa, como si así fuera a llegar antes.

Es otra de las peculiaridades del género humano. Miramos fijamente a la carretera si esperamos al autobús, al lugar de donde debería venir si esperamos a alguien... Sabemos que es inútil, pero lo hacemos.

Y en este caso no fue menos inútil. El padre preocupado paseó hasta la esquina de la calle, encendió un cigarrillo, y empezó a buscar las frases más dolorosas para recriminar a su hija por la tardanza. Luego, empezaba a imaginar desgracias que podrían haberle sucedido, y así pasaron los minutos, imaginando desgracias, buscando palabras dolorosas.

Un hijo puede recibir mejor una buena bofetada que unas palabras dolidas y destinadas a doler. Pero en este caso, Blanca se había acostumbrado, pues usar un ataque con demasiada frecuencia implica la mejora de las defensas de la otra parte, y

no debemos olvidar que su padre era un profesional de las palabras, trabajaba con ellas, pero las usaba demasiado.

Cuando estas solo, reflexionas y es cuando te duelen de verdad las cosas. Pero Blanca había pasado demasiado tiempo sola. Se había inmunizado a tantas cosas...

Una hora. Era demasiado. Estaba horrorizado. A punto estaba de sacar el coche de su precioso aparcamiento para ir a buscar a su hija cuando se acordó que tenía la posibilidad de llamar a la academia. «Pero que tonto he sido» se recriminaba.

Marcó el número en el teléfono tembloroso, esperando un «sí, lo siento, tenían examen y debíamos repasar».

Sonó en la academia, pero nadie lo cogió. Ya habían cerrado.

Pensó en llamar a la policía, pero acabó decidiendo ir él mismo en coche, así de paso quizás la encontraría con unos amigos charlando en un parque. «Por lo menos mi coche está aquí». —Pensó, en un amago de autoconsuelo.

En ese momento se oyó un gran estruendo en la calle.

Salió corriendo a ver qué había pasado.

La encantadora vejez mostró su cara más perversa, derrumbando el edificio que se encontraba enfrente de la casa de Blanca.

Ante los ojos de aquel hombre trajeado, se veía un flamante y aplastado coche.

Poco antes había estado aparcado en el mejor lugar posible.



3^{er} PREMIO ADULTO DE PROSA

Luces de la noche

Javier López Martín

La velada comenzó en el club de caballeros de la calle Esperanza. Arturo amasaba su bigote mientras observaba con ojos caprichosos la mesa ocho. A su lado descansaba el Margarita que acababa de preparar para el caballero de la capa oscura, desconocido aún por aquellas latitudes. El crupier jugueteó con las cartas y mostró a los jugadores una jota y un tres. El coronel lanzó una mirada de aplomo y con pesados gestos devolvió sus cartas. Ramón «el tuerto» respiró más fuerte de lo habitual y entró en la apuesta. Sólo Julián se percató del gesto y se retiró discretamente de la baza. Antonio Ortega vació la copa con su elegancia natural y aceptó el convite de Ramón. El señor Giovanni también aceptó e invitó a Ramón a descubrir sus cartas.

El cuarteto de Jazz mantenía el reloj alejado de la mente de los invitados. A su frente destacaba Magdalena, rubia y vestida con traje negro, como las noches de luna llena. Su voz acariciaba los cansados hombros de los jugadores. Aquella noche solo era una de tantas en las que su corazón podía estallar en mil pedazos.

La mayoría de los jugadores tenían a alguien despierto en casa esperando su vuelta, vuelta que se retrasaría tanto como la noche se alargase. Resultaba difícil jugar al Poker sin unos ojos tristes marcados en cada carta.

Al final de barra un hombre paciente esperaba jugueteando con una sombrillita. Arturo se acercó limpiando una man-

cha que no existía y preguntó al hombre que qué deseaba. No pudo satisfacer los deseos de su cliente pero sí que pudo servirle una copa.

El coronel se levantó sudorosamente y sacó la pitillera de su chaqueta. Un niño se acercó rápidamente a ofrecerle fuego pero el militar se dirigió sin vacilar al balcón a tomar aire. La punzante sonrisa del señor Giovanni mostraba la finura de sus colmillos mientras Ramón cruzaba su frente entre los codos.

La noche iba a la deriva en el club de caballeros. La ligera capa de humo cubría tímidamente la luz apagada de las lámparas. Los licores circulaban en todas direcciones. Los más de abajo a arriba, los menos de arriba a abajo. Leandro caminaba nervioso de un lado para otro. Su pierna izquierda no le permitía ir todo lo rápido que deseaba pero le gustaba estar al corriente de todo lo que ocurría. Hacía ya muchos años que su padre le había legado aquel negocio, con la compañía ineludible de la llegada del invierno a su cabeza.

El coronel terminó su cigarro y con un profundo suspiro volvió a la mesa de juego. Arturo ya le había dejado una copa de ron en su sitio mientras el señor de la capa oscura descolgaba su abrigo.

La música tenía un ritmo lento pero muy marcado. El contrabajista mimaba cada nota llevando el paso con su propia respiración. Magdalena había aprendido con el transcurso de los años a no sentirse desnuda delante de tantos ojos observándola y ahora mantenía la frente alta mientras cantaba. Ya no era una rosa, ahora era un clavel.

Sobre la mesa había tres cartas y el crupier no pondría ninguna más. Julián y Antonio Ortega todavía tenían sus dos cartas en la mano. El coronel las había escondido bajo sus fichas. El señor Giovanni ya se había marchado y Ramón no había visto nada. El tapete había sufrido los efectos del otoño pero todavía dejaba adivinar los tonos verdosos. Sobre él descansaban un dos, un cuatro y un rey. Antonio Ortega se frotó la frente y echó al centro las fichas que debía. Julián también

aseguró su participación en la apuesta. Todos miraron al coronel durante unos instantes mientras éste bailoteaba con sus dedos. El crupier le pidió que mostrara sus cartas a la mesa. El coronel dio la vuelta a sus dos cartas y mostró una pareja de cuatros.

El siguiente compás de la noche tenía el Sol ya bien alto en el cielo. Quizá fuera porque el calor ya comenzaba a aparecer que se decidió a abrir la ventana. El ruido de la madera hizo vibrar los ojos del coronel.

–Parece que ya vuelves al mundo –oyó de una voz femenina.

El coronel abrió torpemente los ojos, como si nunca antes lo hubiera hecho. Se incorporó lentamente y apoyó la espalda sobre la almohada. Tenía todavía puesta la misma ropa pero no recordaba desde cuando. Tenía la camisa totalmente arrugada y le faltaba un zapato. El cuello estaba descolocado y del puño le salió una tarjetita que ella no vio. La miró disimuladamente. Ponía solamente «Lucía García» en letras rojas. Nada más. El coronel memorizó el nombre y la hizo desaparecer.

Sobre su pulcra camisa había un polvillo negro. El coronel acercó la nariz y adivinó que era pólvora. Todo le resultaba extrañísimo. Recordaba poco más que su llegada al club de caballeros.

La mujer abandonó la habitación y se dirigió a la cocina. Mientras tanto el coronel trataba de levantarse. Se fijó en que sus tirantes estaban colocados encima de una silla. Al poner su pie izquierdo en el suelo sintió un dolor insospechado. Tenía un fuerte golpe en la rodilla, cuyo origen también desconocía. Esta clase de cosas era lo que él consideraba como «la magia del amanecer» pero fuera quien fuera aquella señora no parecía agradarle demasiado. La luz entraba a mansalva por la ventana desbordando la habitación. El coronel se levantó cojeando y se acercó al espejo. No recordaba tener tan poco pelo ni que éste fuera tan blanco. El calcetín que no tenía zapato

estaba bastante roído por la punta, dejando al aire las miserias del militar.

Se puso las zapatillas de andar por casa y se colocó el pantalón. Hurgando en sus bolsillos se encontró con una sorpresa mayúscula. Por el tacto se temió lo peor. Lo sacó y vio que era un cuatro de tréboles. El coronel quedó atónito. Quizá eso explicaría el dolor de su rodilla o la pólvora de su camisa. ¿Explicaría eso la tarjeta con el nombre de Lucía García? ¿Explicaría que le faltase un zapato? Más bien necesitaba él una explicación sobre el significado de aquella carta.

Se asomó a la ventana y pudo observar como el mundo llegaba ya varias horas vivo. La señora que antes le había echado la bronca no parecía haber mencionado en ningún momento nada acerca del dinero por lo que el coronel se sentía, en parte, tranquilo.

Parecía que había sobrevivido una noche más a aquellas luces que se quedan encendidas demasiado tiempo. Un poco de descanso y a esperar que la noche volviera a caer.

La oscuridad apagaba el mundo de los mortales pero aquellas pequeñas luces servían a este grupo de majaretas para perpetuar su espíritu depredador. La única condición consistía en sobrevivir cada día a las luces de la noche.



1^{er} PREMIO ADULTO DE VERSO

Clarines como rosas de silencio

Manuel Terrín Benavides

Aquí donde jamás cóncavas voces
llegan de multitud apasionada,
donde se extinguen, luz desarbolada,
tus malogrados cálculos precoces;

aquí, muchacho, donde ya conoces
que cabe en cada sueño una estocada,
que el trigo necesita la arrastrada
penitencia del yugo y de las hoces;

aquí donde la sangre es el salario
de aquellos que al citarse con la vida
perdieron el compás y tocan el suelo,

vengo yo, plañidero solitario,
único espectador de esta corrida,
para alzar en tu nombre mi pañuelo.

Mi pañuelo, supenso en alta grada
donde crece la bula de los años,
flamea sobre pálidos escaños
que separan la luz de tu cornada.

¡Cómo rompe ilusiones encrespada
tormenta! Ibas soñando los peldaños
del triunfo, y, ya lo ves, fríos rebaños
de nubes negras fueron tu posada.

¿Quién sustituye mágica muleta
por exequias de humildes corazones,
burla sangrienta de metal sonoro?

¡Cómo debe dolerte esta completa
mudanza! Los cipreses son rejones
de muerte y tú, muchacho, eres el toro.

Eres toro nocturno, moratoria
festiva de plegaria caminera.
Tu juventud, pastada sementera,
pronuncia horizontal convocatoria.

Hundido todo aliento de victoria
bajo impaciente página torera,
te pusiste la piedra por montera
sumergiendo los labios en la historia.

A ti no te ha matado el laberinto
de ojos negros que ayer, en la dehesa,
te salieron tenaces al encuentro.

Lo que rompe de veras el precinto
de sangre acuchillada por sorpresa
son rebeldías que llevamos dentro.

Rebeldías cubriendo de suicida
mudanza cobertura silenciosa:
triste hoguera, creciente mariposa
atrapada en el polvo de la vida.

Tan sólo, maletilla, una corrida
te queda por lidiar: la habilidosa
de darle cuatro pases a la fosa
y aguantar de la tierra la embestida.

Nadie vino a tu encuentro. Nadie supo
que tu herida, amapola prematura,
era la cara oculta de la gesta.

El ruedo de la sombra tiene un cupo
de víctimas sin nombre que en la altura
levantan los clarines de la fiesta.

Desolados clarines, maletilla,
oxidan ecos bajo tierra rotos.
El oro de tus cálculos remotos
aquí se ha convertido en calderilla.

Ni plegaria y urgencia ni capilla
donde triste muchacha hiciera votos.
Ya crece entre dos ángeles devotos
el cáliz de una lágrima amarilla.

Se alzaré tras los astros roja senda
cuando tu sangre –lance inoportuno–
en redondeles infinitos brote.

No ha de faltar apóstol que comprenda
tu derrota y te sirva un desayuno
de cuernos de legítimo capote.



2º PREMIO ADULTO DE VERSO

Al poeta Antonio Machado

Eumelia Sanz Vaca

Era tu vida triste
como noche que empieza sin calor y sin nido
sin amor o sin techo
eras como esa sombra que te sigue y persigue
la pena navegaba por tu sangre
tu sangre transitaba por sus cauces
sin ningún entusiasmo
sin afán de alegría
con la sola ilusión de escribir un poema
que aliviara al instante la carga emocional intransigente
de tu honda soledad y tu abandono
fuiste imagen viviente
con los ojos marchitos
con el alma enlutada por tu niña leonor
la sola nota alegre de tu hálito doliente
era la perfumada comprensión de guiomar
alma afín
delicada
igual que una caricia de este mundo que rueda
para ti que sabías
que el sonido del bosque radicaba en los pulsos
para ti que has sabido
que los arroyos cantan
que hablan las alamedas con rumoroso acento

para ti que las aves te dedicaban trinos
sin que tú respondieras bebiendo su alegría
copiaste de las aves su interrumpido vuelo
pues tus palabras tienen
tu pluma en el papel
que son tus alas
te estimuló tristeza
que te arrancó la tinta que llevaba tu alma
y al salir al encuentro de otras almas gemelas
se trastocaba en dulce sabor de violines
tu obsesión fue el recuerdo
de un cuerpo bajo tierra
de unos labios que fueron calor y palpitaban
cuando
como una selva diminuta
vibraba tu sentir hacia los suyos que movían sus alas en silencio
tal vez sean espuma
aroma
polvo o nada
aquellos senos que lo fueron todo
vuestras almas se amaban
sacando de la sombra suaves luces
vuestras almas se amaban
con tan íntimo celo
que en la alta soledad de la existencia
la noche se eclipsaba a su conjuro
y es parte de la tierra
será cristal o roca
será un trozo de cielo que a la tierra visita con formato de nieve
evaporado llanto
tu esencia rebosaba pugna interior constante
y tensión expresiva consiguiente
amante sentimiento
ánimo sentencioso
voltaje emocional de amor y versos

vislumbre panorámico de anterior trayectoria
cantor sincero y nato de las realidades circundantes
de amorosa y sentida poesía
y tan diáfana prosa
tan comunicativa
lisa y llana
en modernismo vivo y receloso ante su propia imagen decadente
desdoblamiento mágico arraigado en tu numen
qué fuerte era tu arranque reflexivo
se marchitó la imagen placentera
en leonor
la dicha consumada
no hubo amor tan sentido desde el alfa a la omega
fue anhelo espiritual
fue casi angustia
filósofo sin fin
alma en pena surcando densas nubes
con el peso del cuerpo a la tierra aferrado
sombra feliz da tu ciprés sombrío
cuando eres frío lodo
casi polvo
suspiro casi
casi primavera
tu espíritu tornose perdurable
y nos habla
por labios de la tierra
traje de ti y de tu dulce amada
mientras bajo las nubes
aves ligeras bogan
oímos el rumor infatigable de tu infinito bosque de poemas...



3^{er} PREMIO ADULTO DE VERSO

Hubo un tiempo

Manuel Prol Rodríguez

Humo, polvo, anhídrido carbónico
 cubren el paisaje, difuminan,
 entre los acantilados de ladrillo,
 los parques desteñidos, donde ya no juegan
 los niños a salvar doncellas,
 a tomar imaginarias torres. Han perdido,
 sobre el asfalto gris, la fantasía
 de un alma conformada de cristal y estrellas
 que sabe que hay sirenas entre los arrecifes.

Hubo un tiempo,
 (son recuerdos aun vivos de Iria Flavia),
 en que un palo cualquiera era una tizona,
 el *Alto del Parrote* era una fortaleza
 y cualquier arroyuelo el Misisipi.
 Y una falda azul cubría un misterio, iba sembrando
 libélulas de sueños en la tarde.

Cruzábamos la infancia. Íbamos creciendo
 inundando los días de ninfas y centauros,
 navegando en las páginas de un libro
 de Salgari, de Scott o de Mark Twain

y soñábamos hazañas imposibles
sobre el mapa de España colgado en la pared
de la clase, henchido de colores:
amarillo, verde, ocre, azul... Hasta el instante
de sonar la campana anunciando el recreo.
Y el patio de arenisca era una jungla,
un campo de batalla o un estadio,
o era todo a la vez... ¡La fantasía!

Los domingos,
cuando las olas del *Orzán* bramaban,
la *Torre de Hércules* era la atalaya
desde la que, en medio de la mar,
veíamos a Ulises atado en la cubierta
de un navío cualquiera cruzando *La Marola*.
Las sirenas tenían hermosos nombres:
Laura, Irene, Carmela, Beatriz, Rosa-María...

Hay algo doloroso en la memoria:
Saber que hubo un tiempo de inocencia
en que éramos felices;
o creíamos serlo, al recordarlo ahora,
en el espejo triste de un poema.
Un salto vertical a lo que fuimos.



